

PARES O NONES

Por Santiago de Ossorno

Aunque no lo parezca soy sevillano⁽¹⁾, durante el fin de semana lo habré repetido por lo menos un millón de veces sin exagerar, o algunas menos no sea que por mi culpa se diga que los andaluces somos *xageraos*.

La verdad es que tenía ganas de que llegase este día del pínfano en concreto, ha sido mi cuarto día consecutivo desde que unos años antes me hiciera socio, pero no por ser sevillano que es algo que lamentablemente no todo el mundo puede decir, sino porque llevaba mes y medio oyendo machaconamente cantar a los del Río en la página que “Sevilla tiene un color especiaaaaal...” y quería comprobarlo en persona porque la última vez que la visité quizá no me fijé bien en lo que pudiera tener de especial su musical colorido y estaba intrigado.

Especial, especial... no sabría decirlo con seguridad, cualquier color podría valer porque sobre colores no hay mucho escrito, pero me pareció que tiraba a oscuro porque el cielo amenazaba lluvia y normalmente eso oscurece cualquier ciudad, recién llegado y durante el traslado al hotel no llovió pero la amenaza se tornó húmeda realidad el resto del tiempo.

Teniendo en cuenta que iba a pasar la mayor parte del tiempo en el hotel sin salir a la calle, la lluvia no me preocupaba especialmente, a mi lo que realmente me preocupaba era que saliera bien todo lo que no dependiera del clima por celebrarse bajo techo, pero la lluvia —por más que por allí se diga que es una maravilla— podía influir negativamente en el conjunto de la fiesta anual de los pínfanos.

Enseguida comprobé que ni cayendo chuzos de punta estábamos dispuestos a que el tiempo nos fastidiase la celebración, el hall del hotel era un hervidero de gente entrando y saliendo, unos venían de darse una primera vuelta —o segunda— por Sevilla, otros iniciaban la primera y la mayoría llegábamos cargados de maletas e ilusión desde todos los puntos cardinales, lo que digo, un hervidero.

⁽¹⁾ Ecijano para más señas

A las siete *o'clock* que dirían los británicos situamos una pequeña mesa enfrente de la puerta principal para ir repartiendo las tarjetas de identificación; escoltados por dos bonitos carteles verticales colocados en los extremos al modo en que las torres de ajedrez protegen los flancos del tablero, uno dando la bienvenida a Sevilla y otro anunciando el XIII Día del Pínfano para que no hubiera dudas de lo que iba aquello, fuimos recibiendo y entregando sus tarjetas a los asistentes mezclados con un numeroso grupo de deportistas infantiles que visitaban la ciudad para disputar un torneo de no sé qué.

Enseguida se formaron numerosos corrillos e iluminaron la atmósfera tranquila del hotel los primeros flases fotográficos a medida que se iban incorporando pífnanos a la concentración; en medio del revuelo generalizado y a instancias de una joven madre de tiernos infantes se reclamó mi asistencia en recepción protestando porque su familia no estaba en la lista “pues verá señora, debe haber un error porque la nuestra es una reunión de abuelos, todo lo contrario de la suya que más bien parece una reunión de nietos”, no habiendo parentesco entre nosotros y ellos y aclarado el malentendido por fin apareció su nombre familiar en alguna lista y pudieron retirarse a sus aposentos a velar armas antes del partido.

Con los nervios del reencuentro y siguiendo la tónica habitual de estos actos nadie parece recordar la hora prevista de la cena, bueno ni de la cena ni de casi nada, el programa de actos que primorosamente habíamos expuesto en recepción a la vista de todos se había vuelto invisible, de modo que sacando paciencia de dónde no la tengo, en casa dicen que soy “farolillo de puerta ajena”, respondo un millón de veces, de nuevo sin pretender exagerar, que la cena será a las 21:00 horas en el salón Alcora I que está al final del todo a la izquierda, es cierto que resultaba un poco complicado llegar hasta la cena, para que nos vamos a engañar, porque el hotel es muy grande y el salón parecía querer jugar al escondite con los comensales.

Por fin llega la hora y podemos entrar al comedor, de fondo musical resuena con bríos renovados “Viejo trapillo” por la megafonía para recibir a los asistentes y poco a poco cada cual va ocupando su lugar en la mesa asignada previamente gracias a los carteles que pusimos en la puerta que, mira por dónde, esta vez si tienen un insospechado éxito de lectura.

No hace falta que diga que la distribución de comensales resulta bastante práctico aunque algo lioso de preparar, menos mal que Loli con su gran conocimiento de la asociación está acostumbrada a resolver con soltura este tipo de sudokus humanos de dificultad alta desde que se lo pedimos por primera vez hace varios años tras el espectáculo de los asaltos gadita-

nos que aquello más parecía la conquista del Oeste que el comienzo de la cena del encuentro.

Fue mi primer día del pínfano y la carga de caballería que precedió a la cena me pilló por sorpresa, tuve que picar espuelas y practicar el salto de vallas para conseguir una mesa, allí mismo dije aquello de “juro que nunca más...”, bueno creo que copié a Scarlett O’Hara en “Lo que el viento se llevó” pero el sentimiento que tuve al ver aquella estampida fue parecido al suyo aunque menos peliculero; creo que fue una de las primeras propuestas que hice en la siguiente junta y por ahora parece haber dado buen resultado.

La entrega de insignias a veteranos y noveles se cumplió a rajatabla, es un trámite tan sencillo como necesario, hay agradecer a los que han trabajado tanto para que la asociación continúe su camino y dar la bienvenida a los que probablemente trabajarán en el futuro con el mismo objetivo.

Los premios de los concursos se conocen en el momento de su entrega a los ganadores, se mantiene en secreto el veredicto del jurado hasta el momento de entregarle la lista al presidente para que proceda. Aprovecho para animaros a todos a participar el año que viene, es una forma de enriquecer nuestro acervo cultural, mira que bien me ha quedado la frase, tenía ganas de soltarla en alguna parte.

Del tiempo climatológico nada se sabe, estamos ajenos sobre si afuera estará diluviando o no, lo cierto es que al terminar descubro una gotera en recepción, claro indicador de que llueve tanto que incluso bajo techo corremos peligro de remojarnos.

Tras el desayuno del sábado nos fuimos de excursión panorámica, la primera en la frente es que las guías de turismo no se presentan a la cita, nada de malos entendidos, estaban contratadas pero la empresa contratante de la primera parte no estuvo a la altura de lo que se esperaba y bien que nos fastidió; los conductores se ofrecieron a comentar el recorrido y al menos el nuestro hizo lo que pudo aunque su estrella fue declinando a medida que la visita avanzaba, llegó un momento en que el hombre ya no sabía que decir, en cualquier caso se agradece la intención; gracias a él nos enteramos que al puente del V Centenario lo llaman Paquito (por ser una imitación a escala del de San Francisco) y al de la Barqueta Carmen Sevilla porque sus tirantas semejan las cuerdas vocales de la artista, estos sevillanos anda que no tienen (bueno, tenemos) guasa ni ná.

El Barrio de Santa Cruz estaba como siempre, o sea precioso, bien cuidado y lleno de gente pero nadie esperaba lo contrario, dimos vueltas y vueltas por sus calles y plazas cámara en mano y a cada rato íbamos salu-

dando a otros pínfanos que hacían lo mismo en sentido contrario; a media mañana mantuve un esperado encuentro familiar con mis primos locales que nos llevaron a tomar unas tapas de jamón y queso que literalmente quitaban el *sentío*.

De vuelta al hotel subí cinco minutos a la habitación a recoger el trípode para hacer la tradicional foto de grupo para la posteridad, sin embargo cuando estoy llegando veo que ya casi ha terminado el acto... ¡quince minutos antes de lo previsto!, creo que ya he dicho antes que nadie parece recordar el programa de actos, pero bueno ¡alegría!, si hoy no puede ser lo intentaremos de nuevo mañana.

El caso es que el sitio elegido, con escaleras que permitían una buena formación, con luminosidad y encuadre perfectos, era ideal para la foto; hubo varios fotógrafos tirando fotos, a ver si alguno se anima a mandarlas.



Foto de Serafín Pedro García García

Un problema adicional a estas horas es que el hambre aprieta y los veinticinco minutos que aún quedan para comer pueden hacerse eternos, el año que viene tendremos que revisar los horarios de las comidas para que empiecen un poco antes; tener que esperar hasta las tres para empezar se antoja un poco difícil, así que hablamos con el hotel para que la adelanten un cuarto de hora y por fin se abren las puertas del bufé.

Al principio hubo un poco de descontrol por las prisas, se ve que el espíritu pínfanil ante comida pervive a lo largo de los años y en determinadas circunstancias resurgen de nuevo con fuerza inusitada los recuerdos de una infancia pasada en orfanatos, pero a medida que las filas de hambrientos fueron reduciendo su longitud inicial las aguas volvieron a su cauce —y no me refiero a las de la lluvia— que hasta ese momento parecía estar respetando nuestro día grande.

La tarde libre fue aprovechada por cada cual de la forma que le pareció oportuno, entonces se puso a llover a base de bien y así estuvo toda la noche, he oído que muchos volvieron a Sevilla y vi a otros cuantos sentados en animada charla en las zonas comunes del hotel; participé en algunos grupos hasta que decidí retirarme a mis habitaciones, bueno era una sola habitación pero me pareció tan grande que admite perfectamente el plural.

Claro que antes se celebró la asamblea general, se desarrolló sin mayor problema y con asistencia media, en la línea de escasez participativa de otros años, ponerla a la hora de la siesta resta público pero tenemos pocas opciones y los días de 24 horas se nos van quedando cortos.

El domingo teníamos preparada una excursión al parque de M^a Luisa y ya sabéis lo que pasó, llovía a cántaros y a la mayoría no les apetecía el plan previsto; sobre la marcha negociamos con los conductores un plan B para contentar a todos, uno de los autobuses llevó a quién lo quiso al parque mientras los otros dos permanecieron en el hotel hasta la hora de llevar al resto a la base de Tablada.

La excursión estuvo muy bien, llovía pero no tanto como para no poder pasear, la plaza de España estaba cerrada por el peligro de que alguna rama cayera sobre los visitantes y nos quedamos sin verla más que desde la verja exterior, así que empezamos la excursión tomando buen café en un bar cercano para luego dar un largo paseo bajo palio por la zona, poco a poco la lluvia fue perdiendo fuerza e intensidad hasta convertirse en un ligero chirimiri y desaparecer por completo en cuanto llegamos a Tablada.

Tras la Misa, tan emocionante como siempre y con la pequeña parroquia a rebosar de feligreses, pudimos repetir la foto de grupo, el trípode me lo había dejado en el hotel así que tuve que hacerla a pulso con lo cual me quedé fuera de la foto un año más, sacar a pulso este tipo de fotos no es buena opción, es imposible pretender que la gente se quede quieta y pueden salir movidas que es algo que fotográficamente hablando me da mucho coraje como se dice en mi tierra.

Los autobuses nos devolvieron al hotel con tiempo suficiente para retomar la conversación pausada en los múltiples corrillos que se formaron en el hall, de nuevo tenemos que adelantar la hora de inicio, algo que a ninguno pareció importarnos, más por poder sentarnos a descansar del ajetreo y terminar con tiempo suficiente para llegar sin prisa a la estación, aeropuerto, etc. que por hambre.

A los postres Marina Bernal, una periodista sevillana con alma de pínfana, dirigió unas sentidas palabras a la tropa con las que consiguió emocionarnos, vi lágrimas en muchos ojos porque supo llegarnos directamente al corazón y eso es algo bastante difícil de conseguir con gente tan sufrida como podemos llegar a ser los pínfanos, mucho mérito tuvo Marina, se llevó un gran aplauso.

En el turno de contar chistes, algo menos animado que el año pasado en Santander dónde hubo que hacer cola para contarlos, no pude resistir la tentación de coger el micro y superando el miedo escénico dije “aunque no lo parezca soy sevillano...”, sevillano y que nunca he contado un chiste fuera del ámbito navideño familiar porque la gracia sevillana no me llegó en cantidad suficiente, es lo que tiene nacer el noveno de diez hermanos que cuando naces los anteriores ya han heredado la que había para repartir y si no espabilas te toca ser el soso para los restos, además solo me sé el del “pares o nones” que exige ciertas dotes interpretativas de las que carezco casi por completo, menos mal que este año estábamos en Sevilla y el guión permitía contarlo.

Ustedes me sabrán disculpar.